

**Miguel Delibes, *España 1936-1950: Muerte y resurrección de la novela*, Barcelona (Destino) Colección Áncora y Delfín, nº 1000. 166pp.**

No nos cabe duda del orgullo que debe sentir la editorial Destino por haber podido convencer a Miguel Delibes para que firmara tan redondo número de una colección de obligada referencia, si hablamos de literatura española.

El volumen que tenemos entre manos se divide en dos partes a la par interesantes y clarificadoras: de un lado, Delibes reflexiona sobre los primeros pasos de la novela española tras la guerra civil. En este afán unieron sus esfuerzos diversas plumas; de alguna de ellas se ofrece un retrato literario, unido a anécdotas personales que perfilan a estos escritores de un modo más fidedigno. De otro, proporciona apuntes perspicaces sobre aspectos variados de la creación literaria: su concepción de novela, las tendencias imperantes en la segunda mitad del siglo XX, su opinión sobre la experimentación narrativa, etc.

El primer bloque surge a partir de las conferencias dictadas en Argentina y Chile, así como de materiales para sus clases como profesor visitante en la Universidad de Maryland (1964). Delibes recuerda la sorpresa que causó su irrupción en los círculos literarios con su novela *La sombra del ciprés es alargada* (1947), pues ninguna obra le precedía, ni tampoco le avalaba ningún padrino. Su pluma, certera y mordaz, reprueba a aquellos críticos que se entretenían en nomenclaturas y clasificaciones, a raíz de las cuales se vio incluido, muy a su pesar, en el grupo de “los escritores de la inmediata posguerra”. Dentro de esta nómina, Cela es objeto de la primera semblanza. Su caso es, para Delibes, equiparable a Dalí en pintura, es decir, se trata de un autor que ha cimentado buena parte de su éxito en la creación de su propio personaje. Cela se siente cómodo en el papel de *enfant terrible* de las letras españolas, designación motivada por su primera novela, *La familia de Pascual Duarte*, dedicándose, en adelante, a cultivar esa imagen, si bien esconde un fondo sensible. Delibes considera que el verdadero talento de Cela queda patente cuando escribe en total libertad, sin asumir tendencias ni restricciones genéricas, por eso no duda en catalogarlo como “el escritor español, desde su origen, con un estilo más personal y definido” (p.39). Un papel relevante en la recuperación de la novela se le atribuye a José María Gironella, autor del primer best-seller español de posguerra: *Los cipreses creen en Dios*. Delibes retrata a un escritor inestable, pero reconoce los valores de esta monumental obra sobre la guerra civil. Una opinión menos elogiosa le merece la segunda parte, pues achaca la pérdida de verosimilitud a su excesiva ambición documental. En todo caso, estima que el paso del tiempo posibilitará una perspectiva más rigurosa sobre un conflicto tan problemático. La actitud de Suárez Carreño fue singular y asombró a Delibes y a sus coetáneos ya que pocos escritores deciden renunciar a su actividad tras haber ganado los premios más prestigiosos del momento. Este ejemplo no fue seguido por Carmen Laforet, si bien su prolongado silencio después del impacto de *Nada* hizo impacientarse a la crítica. Delibes ya percibía entonces a una escritora atenazada por el reto de superar un rotundo éxito, rasgo que se confirmaría en los años posteriores. Mención especial también le concede el vallisoletano a las causas de la prolífica labor de Tomas Salvador; la innovación que supuso el personaje

## Reseñas

colectivo de *La noria*, de Luis Romero; la dimensión rural de las novelas de Ángel María de Lera, alejadas de tipismos y rasgos costumbristas; y por último, la influencia de Hemingway en la obra de Castillo-Puche.

Con el título “La promoción del 50. Los niños de la guerra”, Delibes pasa a referirse a aquellos escritores a los que se sintió más cercano, tanto en el plano afectivo como en el literario. El primero de ellos, Rafael Sánchez Ferlosio, consiguió, con sólo dos obras, *Alfanhuí* y *El Jarama*, un enfoque fantástico y una certera observación de lo cotidiano respectivamente, utilizando en ambas amplias dosis de ironía, sello personal del autor a juicio de Delibes. Elogios semejantes le merece la labor al frente del cuento de Ignacio Aldecoa, un escritor ya consagrado y cuya técnica fragmentaria redundaba en beneficio de sus novelas. El papel señero en las letras españolas que le otorgaba Delibes sólo se vio frenado por su muerte prematura. De Fernández Santos celebra la plasticidad de estilo presente en *Los bravos*, logrado, en buena parte, gracias a sus dotes de director cinematográfico, aunque, paradójicamente, Delibes atribuye la devaluación de sus novelas posteriores a una mayor dedicación al séptimo arte. También le reprocha una carencia de humor en sus relatos, rasgo que lo asemeja a Ana María Matute. La escritora barcelonesa poblaba sus obras de numerosos recursos artísticos, intento no del todo logrado, según el autor, de encauzar una vasta educación literaria. En todo caso, su personal universo estético, con escenarios mágicos y seres con nombres extraños, ya llamaba la atención. Dentro de estos “niños de la guerra”, Delibes da cabida a los hermanos Juan y Luis Goytisolo. Del primero, reconoce su actitud solidaria al haber aprovechado sus contactos con la editorial Gallimard para dar a conocer en Francia a los jóvenes valores españoles. Percibe, asimismo, una evolución en su narrativa que va del lirismo hacia posturas más comprometidas. Respecto a Luis, su excelente castellano lleva a Delibes a indagar en el entorno familiar para apuntar una explicación. Esta primera parte del libro concluye con unas breves líneas sobre la influencia del exilio en la novela española de posguerra. El impacto de la muerte de Lorca contribuyó de manera notable a difundir la poesía del 27; pese a que similares circunstancias no se aliaron con la prosa, el autor reconoce que la labor de las nuevas promociones, unida a novelistas exiliados como Manuel Andújar o Ramón J. Sender, hizo que la esperanza se mantuviera.

La segunda parte del volumen la integran cuatro conferencias sobre diversos temas en torno a la escritura. A la hora de abordar la creación literaria, Delibes parte de lo que él entiende por artista: una suma de sensibilidad y actitud voluntariosa enmarcada dentro de una “adecuada temperatura”, es decir, una importante capacidad de concentración. Reivindica, además, el trabajo, la profesión de novelista frente a aquellos que lo consideran un ejercicio de entretenimiento.

La siguiente conferencia lleva como título “El artista y sus personajes”. Delibes convierte al personaje en el componente más importante de la novela, de ahí que haga depender su éxito de la mayor o menor fijación de los mismos en la mente de los lectores con el paso del tiempo. La función de la novela consiste en revelar la autenticidad del hombre, algo cada vez más difícil de conseguir debido a las concentraciones urbanas. Con este argumento, el vallisoletano se defiende de aquellos críticos que juzgan negativa la atención que prestan sus novelas a la gente humilde y a las zonas rurales. En relación

con lo anterior, Delibes llega a otra interesante conclusión: puesto que la misión del novelista es ofrecer una visión personal del hombre, todas las novelas albergarán una mayor o menor presencia autobiográfica.

En su tercer ensayo, el escritor traza un panorama de la narrativa española de las últimas décadas distinguiendo cinco tendencias. Si bien cada una de ellas posee rasgos propios, en modo alguno cree que se pueda hablar de compartimentos estancos, puesto que se influyen entre sí e, incluso, algunos novelistas participan de varias líneas. Al primer grupo lo denomina “de la inmediata posguerra” y, en él, es más perceptible el impacto de la guerra civil, lo que explicaría la carga psicológica de esas primeras novelas. Dado el aislamiento que vive España, han de adoptar una formación autodidacta. Delibes disculpa sus carencias de estilo, compensadas, según él, con experiencias vitales muy fructíferas.

El segundo grupo es el de los niños de la guerra. Conocedores de influencias externas, como la *lost generation* o el *nouveau roman*, y cohesionados por vínculos de amistad, afrontan sus creaciones desde postulados estéticos. La preocupación por la forma es compartida también por los novelistas sociales, aunque el rasgo que los define es su postura comprometida, su concepto de la literatura como un instrumento para transformar la sociedad. La óptica realista es abandonada por el llamado “grupo de vanguardia”, quienes priman la palabra sobre el argumento. Por último, el quinto grupo vuelve a la narratividad, a la pasión por contar historias concediendo menos importancia a los procedimientos y enfocando su compromiso, no a la sociedad, sino a la obra de arte.

El volumen se cierra con un autorretrato del propio Delibes titulado “Confidencia”. Recuerda cómo su vocación tardía fue alentada por la influencia de su mujer; por el ejemplo de la prosa de su profesor de Derecho Mercantil, don Joaquín Garrigues, y por su trabajo como redactor en *El Norte de Castilla*, donde aprendió a ejercitar la síntesis y a plasmar la dimensión humana de cualquier acontecimiento. La censura es también objeto de análisis y Delibes reconoce su vertiente positiva en el sentido de estimular la imaginación del escritor para sortearla, de ahí, por ejemplo, la adopción de la técnica monologada en *Cinco horas con Mario*.

Con esta reflexión, Delibes acaba de perfilar su concepto de novela, defendiéndose, al mismo tiempo, de los críticos que la catalogan como algo cerrado: todas las posibilidades de innovación son válidas siempre que no perjudiquen al argumento. Pero lo verdaderamente importante es que el escritor sea fiel a sí mismo y refleje sus inquietudes. En su caso, el autor de *El camino* las identifica con la naturaleza, la infancia, la muerte y el prójimo, vinculadas todas ellas mediante una idea obsesiva: el enfrentamiento del individuo con una sociedad que se muestra hostil. Finaliza admitiendo su incapacidad para desligar su corpus de una actitud moral, impropia de un novelista, pero imprescindible para que su obra haya visto la luz.

Celebramos que Delibes, con esta perspicaz obra ensayística, se haya desautorizado a sí mismo y no haya convertido *El hereje* en su última incursión dentro del panorama literario español.

Saúl Garnelo Merayo